

Sagrada Familia
31 de Diciembre de 2.006
"La vida es don de Dios".

Celebramos la fiesta de la **Sagrada Familia**: Jesús, María y José; fiesta en la que ponemos como **modelo** de nuestras familias y modelo de la Iglesia a la familia de Nazaret. Las **lecturas** de este día nos ponen de relieve algunas verdades fundamentales para vivir en nuestras familias y en nuestras relaciones en la Iglesia: **La vida es un don de Dios, somos hijos de Dios.**

1º.- La vida es un don de Dios.

La primera lectura del libro de Samuel deja claro que **para Ana la vida de su hijo Samuel es un don de Dios**, puesto que ella no podía tener hijos y se lo había pedido de un modo especial a Yavé. Para vivir una vida cristiana que nos humanice, para vivir una vida en familia y dentro de la Iglesia es preciso tener en cuenta esta verdad: **nuestra vida es una don de Dios.** Lo mejor que tenemos, que es la vida, nos lo han regalado: nuestros padres y Dios. Cuando uno toma conciencia de esta realidad, **la vida se vive en clave de agradecimiento y de gratuidad**; gratitud que lleva a vivir consciente y responsablemente. Esta gratitud te hace **consciente de la dependencia con respecto a Dios** y, por tanto te ayuda a vivir tu relación con él; esta gratitud ayuda a **vivir la relación de dependencia con los padres.**

Si la vida es don, no es propiedad ni de los padres ni de uno mismo. La mayor traición que pueden hacer unos padres con respecto a la educación humana y

cristiana de sus hijos es considerarlos de su propiedad. El ejemplo de **Ana**, en la primera lectura, es modélico: **le devuelve el hijo a Dios.** María hará este gesto con Jesús cuando lo lleve al templo para presentarlo al Señor. Es lo que tendríamos que hacer todos, personalmente; **como cristianos, tendríamos que ofrecer nuestra vida a Dios. La vida es don**, porque nos la han regalado, **pero la merecemos, dándola**, a Dios y a los demás.

Signo de ese ofrecimiento a Dios es el hecho de que Samuel se quede a **vivir en el templo** de Siló con Elí o de que Jesucristo, con doce años, se quede en el templo de Jerusalén, dedicado a las cosas de su Padre, como dice el evangelio. Por eso se repite en el salmo: **"Dichosos los que viven en tu casa"**. Cuando uno vive su vida como don de Dios y se la ofrece a Dios, vive toda su vida en presencia de Dios, **el mundo se hace templo de Dios** para él; el mundo entero está habitado por la presencia de Dios y en toda la creación se le puede alabar y rendir culto. El mismo "respeto" que tenemos en el templo hemos de tenerlo con todo y con todos.

2º.- Somos hijos de Dios.

Dice el apóstol **San Juan** en la segunda lectura: **"Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!"**. Esa es nuestra condición, de acuerdo a la que debemos vivir. No sólo hemos sido **agraciados en la vida**, si no que **además se nos**

ha hecho hijos de Dios, por lo que el don de la vida queda extraordinariamente enaltecido. Si el don de la vida nos lleva a vivir en **gratitud**, el ser hijos de Dios nos debería llevar a **vivir de cara a la otra vida**: "... aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es". Y también nos debería llevar a **vivir la fraternidad** con todos los hombres.

El apóstol San Juan **resume su mensaje** en estos polos: Dios y el hombre: "Y este es su mandamiento: **que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó**". Fe y Amor, dos dimensiones del seguimiento de Cristo, propias de nuestra filiación divina, que también contribuyen al bien de la familia.

Creer en el nombre de su Hijo **es** aceptar la persona de Jesús, su mensaje, sus criterios; es querer identificarse con él; es dar testimonio ante el mundo de lo que uno cree. Esta fe es importante para la familia porque **los valores cristianos son fundamentales para la vida de las personas** y su realización personal, por lo que es también importante para todos los campos donde se desenvuelven las personas: la familia, el trabajo, la vida social, la política... Tener fe incide en la vida concreta de cada día, si no es así, ¿de qué sirve la fe?. **La vida familiar está repleta de valores evangélicos**: amor, perdón, confianza, solidaridad, generosidad, corrección fraterna...

La otra dimensión es el **Amor**, tal como él nos lo mandó: **"amaos unos a otros como yo os**

he amado". El amor es el distintivo cristiano, que tiene su máxima expresión en la entrega de la vida de Jesús en el altar de la cruz; así tenemos que amar sus seguidores, **hasta dar la vida** por los demás, hasta gastar la vida por los demás. **El Amor** es importante **para la familia**, pues **es el clima en el que nace y se desarrolla la misma**: el amor une a los esposos, el amor da la vida a los hijos, el amor educa a los hijos en su crecimiento, el amor sostiene las buenas relaciones de los hermanos, el amor hace superar las dificultades, el amor hace madurar a los padres y a los hijos, el amor permanece por encima del paso del tiempo...

¡Qué vivamos la vida como don de Dios, qué la vivamos como hijos de Dios; así fortaleceremos nuestras familias y la familia de la Iglesia!

Sagrada Familia
31 de Diciembre de 2.006
"La vida es don de Dios".

LECTURAS:

Lectura del primer libro de Samuel (1, 20-22.24-28)

Concibió Ana y llegado el tiempo dio a luz un niño a quien llamó Samuel, «porque, dijo, se lo he pedido a Yahveh». Subió el marido Elcaná con toda su familia, para ofrecer a Yahveh el sacrificio anual y cumplir su voto, pero Ana no subió, porque dijo a su marido: «Cuando el niño haya sido destetado, entonces le llevaré, será presentado a Yahveh y se quedará allí para siempre.» Cuando lo hubo destetado, lo subió consigo, llevando además un novillo de tres años, una medida de harina y un odre de vino, e hizo entrar en la casa de Yahveh, en Silo, al niño todavía muy pequeño. Inmolaron el novillo y llevaron el niño a Elí y ella dijo: «Óyeme, señor. Por tu vida, señor, yo soy la mujer que estuvo aquí junto a ti, orando a Yahveh. Este niño pedía yo y Yahveh me ha concedido la petición que le hice. Ahora yo se lo cedo a Yahveh por todos los días de su vida; está cedido a Yahveh.» Y le dejó allí, a Yahveh.

Palabra de Dios.

Salmo responsorial (83)

Repetimos: Dichosos los que viven en tu casa

¡Qué amables tus moradas, Señor!

Anhela mi alma y languidece tras de los atrios de Dios, mi corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo.

Hasta el pajarillo ha encontrado una casa, y para sí la golondrina un nido donde poner a sus polluelos: ¡Tus altares, Señor, rey mío y Dios mío!

Dichosos los que moran en tu casa, te alaban por siempre.

Dichosos los hombres cuya fuerza está en ti, y las subidas en su corazón.

Al pasar por el valle del Bálsamo, lo hacen un hontanar, y la lluvia primera lo cubre de bendiciones.

De altura en altura marchan, y Dios se les muestra en Sión.

¡ Señor, escucha mi plegaria, tiende tu oído, oh Dios de Jacob!

Oh Dios, escudo nuestro, mira, pon tus ojos en el rostro de tu ungido.

Vale más un día en tus atrios que mil en mis mansiones, estar en el umbral de la Casa de mi Dios que habitar en las tiendas de impiedad.

Porque Dios es almena y escudo, él da gracia y gloria; Dios no niega la ventura a los que caminan en la perfección.

¡Señor, dichoso el hombre que confía en ti!

Lectura de la Primera Epístola de San Juan 3, 1-2.21-24

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!. El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. Queridos, si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios, y cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio.

Palabra de Dios

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas 2, 41-52

Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo su padre. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.» El les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Palabra del Señor.

DECÁLOGO PARA UNA ADECUADA RELACIÓN FAMILIAR

- 1.- Respetaré a mi familia como grupo y a cada persona con su libertad y autoridad.
- 2.- Manifestaré mi amor y confianza.
- 3.- No descargaré mi agresividad y procuraré tratar a todos como lo hago con mis amigos.
- 4.-Estaré dispuesto al diálogo comprensivo. Me esforzaré por comprender al otro con su mentalidad y sus problemas.
- 5.- Me esforzaré en ser suave en mis críticas, exigencias y correcciones. Procuraré actuar con oportunidad, moderación, amor y serenidad.
- 6.- Aceptaré los defectos y las faltas de los otros, hasta con buen humor.
- 7.- Procuraré reconciliarme cuando ofenda o haya sido ofendido. Por lo tanto, sabré reconocer mis errores, pedir perdón por las ofensas y omisiones y otorgar un perdón generoso.
- 8.- Compartiré con los miembros de mi familia la participación en las tareas del hogar, con sonrisa cuando esté enojado, con olvido de las injusticias que me hicieron y con humanidad al ceder un poco en lo que yo creo que es verdadero y justo.
- 9.- Desde mi familia, serviré al prójimo más necesitado.
- 10.- Sin vergüenza alguna testimoniaré mi fe ante mi familia. Con esperanza rezaré para que mi familia sea hogar de realización personal y ambiente donde se realice el reino de Dios.

Profesor Carlos Díaz.